

ninguna palabra más á su guardian. Además ¿qué necesidad tenia de que aquel bandido se lo digese cuando adivinaba en Vallombreuse el autor del golpe? El tono amenazador que este empleó cuando desde el umbral del cuarto de la calle Del-fina le dijo: «Hasta más ver, señorita,» le habia quedado grabado en la memoria, y con un hombre de semejante temple, tan arrebatado en sus deseos, de voluntad tan impetuosa, aquella sencilla frase nada bueno presagiaba. Este convencimiento redoblaba la zozobra de la pobre comedianta, que palidecia al pensar en las embestidas que iba á sufrir su castidad de parte de aquel señor altivo, todavía más orgulloso que enamorado. Confiaba Isabel que Sigognac acudiria en su socorro; ¿pero aquel amigo fiel y valiente alcanzaria á descubrir á tiempo el retiro donde la conducian sus raptos? En último resultado, pensó la jóven,—si ese perverso duque quiere mancillar mi reputacion, llevo en el seno el cuchillo de Chiquita, y sacrificaré mi vida á mi honor. Cuya resolucion pareció devolverle un poco la tranquilidad.

Dos horas hacia que la carroza rodaba con igual velocidad, sin detenerse más que algunos minutos para cambiar los caballos en un relevo de posta dispuesto de antemano.

Como las cortinillas, por estar corridas, impedian la vista, Isabel no pudo adivinar la direccion en que caminaban. Y aun cuando aquella campiña le fuese desconocida, por la altura del sol hubiese podido orientarse un poco á poder extender la vista por el horizonte; pero la jóven era arrastrada hácia lo desconocido.

El ruido que produjeron las ruedas de la carroza al pasar sobre las herradas vigas de un puente levadizo, advirtió á Isabel que habia llegado al término del viaje. En efecto, el coche se detuvo, abrióse la portezuela y el de la máscara ofreció la mano á la jóven actriz para bajar.

Esta paseó á su alrededor una mirada investigadora y vió un extenso patio cuadrado formado por cuatro cuerpos de edificio construidos de ladrillo, cuyo color bermejo habia con

el tiempo desaparecido debajo de una capa oscura y lúgubre.

En las fachadas interiores veíanse algunas largas y estrechas ventanas, detrás de cuyos verdosos cristales se percibian los postigos cerrados, prueba evidente de que las habitaciones á las cuales debian dar luz, hacia largo tiempo que estaban deshabitadas.

Las piedras del patio ostentaban un manto de musgo, y cerca de las paredes crecian algunas yerbas.

Al pié de la escalinata y sobre ancho zócalo estaban tendidas dos egipcias esfinges las uñas de cuyas garras habian desaparecido, y sobre cuyos torneados lomos se extendia una capa de ese musgo amarillo y ceniciento que se pega á la piedra vieja.

Aunque llevaba el sello de esa tristeza que imprime á las moradas la ausencia del dueño, el desconocido castillo conservaba todavía muy buen aspecto. Estaba desierto, pero no abandonado, y en él no se notaba síntoma alguno de ruina. El cuerpo se mantenía intacto, sólo el alma faltaba en él.

El hombre enmascarado entregó la jóven en manos de un como lacayo de librea ceniza, quien la hizo subir por una espaciosa escalera cuya labrada baranda se retorcia en espirales y arabescos de cerrajería, estilo muy en boga en el anterior reinado, y la condujo á una habitacion que en otro tiempo debió parecer el *nec plus ultra* del lujo, y cuya marchita riqueza valia bien las modernas elegancias. Ensambladuras de viejo roble cubrian las paredes del primer aposento, simulando arquitecturas con pilastras, cornisas y marcos de hojas esculpidas cuyo interior estaba cubierto con tapices de Flandes. En el segundo, igualmente cubierto de madera de roble, pero de ornamentacion mas delicada y realizada por algunos dorados, reemplazaban á los tapices pinturas alegóricas cuyo sentido hubiera sido difícil descifrar por lo ennegrecidas. Un lecho con un cobertor de punto de aguja con franjas de terciopelo, magnífico aunque amortiguado de tono y á través de cuya descolorida seda se veia brillar uno que otro

hilo de oro, ocupaba el fondo de una alcoba. Un tocador admirablemente esculpido sustentaba un espejo de Venecia que delató á Isabel la palidez y la alteracion de sus facciones.

En una chimenea, vasto monumento sostenido por Hermes con jareta y cargada de volutas, cartelas, guirnaldas y adornos de una riqueza algo pesada, en medio de los cuales estaba engastado un retrato de hombre cuya expresion impresionó mucho á Isabel, ardía vivo fuego, lo que demostraba que la jóven comediante era esperada. Aquella figura no le era desconocida; parecíale recordarla como se recuerda al despertar una de esas formas entrevistas en sueños y que con este no se desvanecen y os quedan largo tiempo grabadas en la mente. Era aquella una cabeza pálida, llena de noble altivez, de ojos negros, encarnados labios y cabellos castaños, aparentando unos ocho lustros. Una coraza de acero bruñido, cubierta de cintas de oro ennegrecido y atravesada por una banda blanca, cubria su pecho.

A pesar de las preocupaciones y de los terrores legítimos que le inspiraba su situacion, Isabel no pudo ménos de fijar en él y con cierta fascinacion los ojos. Habia en aquel semblante algo del de Vallombreuse; pero la expresion era tan diferente que esta relacion desaparecia pronto.

Hallábase la jóven entregada á esta meditacion cuando el lacayo de cenicienta librea, que se habia alejado por algunos instantes, volvió con dos criados que traian una mesita con un cubierto, y dijo á la cautiva:

—Cuando la señorita guste.

Uno de los criados avanzó silenciosamente un sillón, y el otro descubrió una sopera de plata maciza de la que se elevó un torbellino de oloroso humo que anunciaba un caldo lleno de suculencia.

Como la naturaleza no pierde jamás sus derechos, Isabel, á despecho de la desazon que le causaba su aventura, sentía hambre; pero el temor de que los platos contuviesen quizás algun narcótico que pudiera entregarla indefensa á cualquier

acechanza, la contuvo, y apartó de sí el plato en el que habia ya sumergido la cuchara.

El lacayo de librea cenicienta pareció adivinar la aprehension de la jóven, y delante de ella hizo el ensayo del vino, del agua y de todos los platos colocados encima de la mesa. La prisionera, algo tranquilizada, bebió un sorbo de caldo, comió un bocado de pan, chupó el ala de un pollo, y, terminado este ligero refrigerio, como las emociones del día le habian dado una conmocion febril, acercó su sillón al fuego y permaneció algun tiempo con el codo sobre el brazo de su asiento, la barba sobre la palma de la mano, y el pensamiento perdido en vaga y dolorosa meditacion.

Levantóse luego y se acercó á la ventana para ver el horizonte que desde ella se descubria. En esta no habia reja ó barrote, ni nada que recordase una prision, pero al inclinarse hácia fuera Isabel vió, al pié de la pared, el agua estancada y verdosa de un profundo foso que rodeaba el castillo. El puente levadizo por el cual habia pasado la carroza, habia sido subido otra vez, y á ménos de cruzar el foso á nado, todo medio de comunicacion con el exterior era imposible; y aun en caso afirmativo, hubiera sido de difícil acceso la perpendicular pared de la torre. En cuanto al horizonte, una especie de alameda formada por árboles seculares plantados al rededor del castillo lo interceptaba completamente; viéndose tan sólo desde las ventanas sus entrelazadas ramas que, á pesar de estar desnudas de hojas, obstruian la perspectiva. Preciso fué pues que Isabel renunciase á toda esperanza de fuga ó liberacion, y esperar los acontecimientos con esta inquietud nerviosa peor quizá que la más terrible catástrofe.

Así es que la pobre jóven temblaba al más leve ruido. El murmurio del agua, un suspiro del viento, el crugido de un mueble, una crepitacion del fuego hacian correr abundante sudor por su cuerpo.

A cada instante parecíale que iba á abrirse una puerta, que iba á apartarse de su sitio una tabla, descubriendo un pasa-

dizo secreto, de cuyo tenebroso fondo saliese *alguien*, hombre ó fantasma. Quizás aun el espectro la hubiera asustado ménos. Como á medida que las sombras invadían la tierra aumentaban sus terrores, estuvo á pique de desmayarse cuando un corpulento lacayo entró llevando un candelabro cargado de bujías.

Mientras Isabel temblaba de espanto en su solitario aposento, sus raptos, reunidos en la sala baja, bebían y se regalaban, pues debían permanecer en el castillo como una especie de guarnición, para defenderlo en caso de ataque por parte de Sigognac.

Aquellos truhanes bebían como esponjas, pero uno de ellos sobre todo desplegaba un notable poder de ingurgitación. Era el hombre que había llevado á Isabel atravesada sobre su caballo, y como se había quitado la máscara, era fácil contemplar su rostro descolorido como el queso en el que brillaba una nariz caldeada al rojo, en cuya nariz color de guinda habrá el lector reconocido sin duda á Malartic, el amigo de Lampourde.

VALLOMBREUSE.